

“Cosecharás lo que siembras”: definiciones de la policía sobre violencias, conflictos y muerte en sectores marginalizados

Martín H. Di Marco

RESUMEN

En las últimas décadas, las ciencias sociales han desarrollado nuevas líneas de indagación sobre los vínculos entre las fuerzas de seguridad del Estado, las formas de violencia barrial e interpersonal, y las diversas modalidades de fragmentación y diferenciación social. En el marco de estas discusiones, en esta ponencia se propone reflexionar —a partir de un estudio de caso puntual— sobre las definiciones y racionalizaciones de la policía sobre la violencia interpersonal en los jóvenes de sectores marginalizados. En particular, a raíz de la muerte de 3 jóvenes en el contexto de conflictos barriales/vecinales en un barrio marginalizado del noroeste del Conurbano Bonaerense, se reconstruye cómo la policía del barrio entiende y explica la violencia, los conflictos y la muerte en los jóvenes, y cómo las vinculan con sus propias trayectorias biográficas y prácticas en tanto agentes de las fuerzas de seguridad. La estrategia metodológica incluyó entrevistas abiertas y semiestructuradas a policía, así como observaciones participantes en comisarías, escuelas y recorridos del barrio.

1.INTRODUCCIÓN

¿Qué significados se condensan alrededor de las muertes de jóvenes? ¿Son los mismos sentidos los que se atribuyen a diferentes formas de morir? ¿Adultos y jóvenes, causas violentas y “causas biológicas”, en contextos de marginalización o no? Tal como diversos estudios han demostrado, la muerte no es un fenómeno homogéneo. No sólo varía según edad, sexo, ubicación espacial y modalidad, sino que —más allá de estas variables normalmente utilizadas para describir y descomponer las estructuras de mortalidad de la población— varían los significados que se atribuyen y se disputan en torno a las muertes (Bermúdez, 2016; Garriga Zucal, 2010; Gayol y Kessler, 2014; Torrado, 1997).

La principal meta de esta ponencia es realizar una primera indagación, dentro de un análisis más amplio, sobre la particular forma de comprender y otorgar sentido que tienen los policías frente a las muertes violentas de jóvenes en barrios marginalizados del Conurbano Bonaerense.

El siguiente análisis surge a raíz de un episodio en el que se encontraron a 3 jóvenes asesinados en un barrio del noroeste del Conurbano Bonaerense. Desde el punto de vista de los vecinos y policías, esta situación no recubrió ninguna particularidad o excepcionalidad. No obstante, el carácter ordinario que se le adjudicó a estas tres muertes es el primer indicio de los modos con lo que se significa la muerte de ciertos jóvenes en el Conurbano.

A su vez, este hecho generó la circulación de explicaciones, justificaciones y sentidos asociados a las muertes en jóvenes por parte de policías, vecinos, docentes y profesionales de la salud, entre otros actores del barrio. Tal como señalan Ragin y Becker (2009) y Merklen (2010), el carácter ordinario de un caso no debe ser menospreciado, ya que puede cristalizar las diferentes lógicas que operan en la población y que —a pesar de las disputas por sentido que puedan existir— se encuentran naturalizadas.

Un comentario necesario, dada la delicadeza de la temática, es que no se pretende reforzar una mirada maniquea o inquisidora sobre la policía. Por el contrario, se cree necesario poder avanzar en una discusión que tenga en cuenta diversas dimensiones, entre ellas: la posibilidad de desarrollar un análisis que implique un ida y vuelta entre premisas teóricas y datos concretos; evitar la homogeneización de las poblaciones (“jóvenes”, “policías”, “delincuente”); presentar las propias propuestas e hipótesis de la investigación a los entrevistados. Reflexiones más profundas sobre estas discusiones se puede encontrar en Arellano (2009), Brettell (1993) y Galvani (2016).

2.ALGUNAS PREMISAS ANALÍTICAS

La investigación sobre violencias, crimen y fuerzas de seguridad —3 temáticas que son usualmente abordadas simultáneamente en las investigaciones de las ciencias sociales— ha tenido una mayor difusión y producción académica en las últimas 4 décadas (Galvani, 2016; Kessler, 2010; Souza Minayo, 1990). En paralelo, se han desarrollado y estructurado ciertas tendencias en los enfoques y objetivos de estos estudios. A continuación se destacan tres características en las investigaciones sobre estas temáticas.

Primero, existe una tendencia a retomar hipótesis y marcos analíticos que imputan racionalidad a los actores (Souza Minayo, 1990; De Haan, 2002; Katz, 2016). Como resultado a esta tendencia —que tiende a ser una estrategia habitual en la forma de argumentación académica de ciertas áreas de conocimiento (De Haan, 2002)— existen pocos antecedentes específicos que indaguen en forma directa cómo los sujetos explican y dan sentido a sus propias prácticas y contextos.

Segundo, tal como señala Bermúdez “...buena parte de las investigaciones han priorizado el estudio de las muertes violentas (...) desde la perspectiva de la acción colectiva y los movimientos sociales, probablemente influidas por la consagración de los organismos de derechos humanos en Argentina” (2015, p. 61). Siguiendo el planteo de la autora, la principal consecuencia analítica de esto es que se tiende a restringir la concepción de “política” con la que se vinculan los procesos de violencia y muertes: es decir, se prioriza una concepción institucionalista de la política.

Tercero, se ha mantenido una tendencia a enfocar las investigaciones cualitativas en las perspectivas tanto de las víctimas como del conjunto de otros actores sociales y, como consecuencia, se ha tendido a evitar la indagación en las perspectivas de “victimarios” y “perpetradores”, así como de las fuerzas de seguridad (Arellano, 2009; Riches, 1986). Dada esta tendencia, es relevante analizar los fenómenos de violencia y muerte desde una perspectiva que recupere las definiciones y perspectivas propias tanto de quienes ejercen violencia, como de aquellos actores que, en términos institucionales y formales, regulan las formas de violencia dentro de la sociedad.

Estas tres tendencias en los estudios sobre estas temáticas dan cuenta de una falta de indagación en las “perspectivas nativas” y principalmente de las perspectivas de quienes más involucrados están en los procesos de violencia y en las muertes violentas. En este sentido,

Merklen (2010) señala que para comprender la relación entre violencia y conflicto, es necesario analizar la dotación de sentido que se le da a estos fenómenos. En gran medida, el análisis de los sentidos atribuidos permite comprender la heterogeneidad de los fenómenos, es decir, las diferencias (a veces sutiles) que se construyen y se atribuyen a los procesos sociales.

No obstante, los diferentes antecedentes que han tendido a profundizar en la dimensión de los sentidos y perspectivas dan cuenta de que las definiciones sobre las violencias y la muerte están en disputa entre los actores sociales. Esto no solo se restringe a instancia locales o cercanas a los procesos de violencia y muerte (Auyero y Berti, 2013; Bermúdez, 2016; Fassin, 2016), sino también en los procesos más amplios de construcción de la inseguridad (por ejemplo, Ramos y Paiva, 2007), entre otros procesos.

Para el caso de la Policía Federal, Galvani (2016) también da cuenta de la diversidad de perspectivas sobre la violencia, el crimen y la muerte. Según la autora, analizar las concepciones de la policía sobre los otros peligrosos implica necesariamente comprender la multiplicidad de voces que sincrónicamente construyen estas definiciones. Las definiciones están moldeadas por medios de comunicación, marcos normativos, políticas institucionales y regímenes políticos.

Considerando los antecedentes que proponen indagaciones sobre los sentidos asociados a las muertes violentas y a las violencias, se pueden destacar algunos aspectos en común: a) existen procesos de disputa moral por los que se proyectan sentidos sobre las muertes y las violencias: culpa, responsabilidad, legitimidad, necesidad y azar son algunos de los aspectos que se imputan a los muertos; b) existe un proceso de normalización de las muertes en jóvenes en los sectores marginalizados; c) suelen existir reduccionismos e imágenes des-subjetivantes de los actores intervinientes (jóvenes, delincuentes, policías, etc.); d) existen clivajes y heterogeneidades en las taxonomías de sentidos y significados dentro de los mismos grupos sociales.

3.METODOLOGÍA

El objetivo de esta ponencia es, a partir de la muerte de 3 jóvenes en un barrio marginalizado del Conurbano Bonaerense, reconstruir cómo la policía entiende y explica la violencia, los conflictos y la muerte en los jóvenes, y cómo las vinculan con sus propias trayectorias y prácticas en tanto agentes de las fuerzas de seguridad. Si bien esta ponencia en parte de un

análisis más amplio, se decidió acotar la discusión a este episodio particular que ilustra una serie de dimensiones particulares: qué nociones hay sobre los jóvenes (“los quilomberos”), qué explicaciones hay sobre los ciclos de violencia/conflicto y cómo se distancian las propias trayectorias biográficas de las de los jóvenes. Por este motivo, se propone este análisis como un estudio de caso, en la medida en que se analizaron las entrevistas a partir de un episodio particular, con el objetivo analítico de formular hipótesis.

Esta ponencia no surge como un producto esperado de los objetivos que guiaban el desarrollo de las entrevistas y de las observaciones. Por el contrario, emerge de una situación “inesperada” durante el trabajo de campo en el barrio. A raíz de esta dimensión sorpresiva, se optó por seguir un enfoque predominantemente inductivo, que permita describir y analizar este caso en términos heurísticos.

La estrategia metodológica se basó en entrevistas abiertas y semi-estructuradas, así como en observaciones participantes en comisarías, escuelas y recorridos del barrio. Se priorizó indagar en las definiciones y racionalizaciones que los policías construyeron sobre el episodio, por sobre las explicaciones de otras personas del barrio (entre ellos, vecinos, docentes de la escuela, profesionales de la salud en el centro de atención, comerciales, etc.).

4.EL EPISODIO

Viste, ¿no? Lo que pasó el sábado... Todavía están las cintas [perimetrales]. Encontraron a 3 pibes muertos en el arroyito. Yo te dije que el barrio era jodido. [Ríe]. Acá no vas a tener problemas en encontrar muertos, ni quilombos, ni cosas raras. ¡Tenés de todo! Igual, no sé. Eran de los pibes del fondo [del barrio]. Medio que ni a los vecinos les importa. Para mí, mejor. Vamos a estar más tranquilos, la gente del barrio no va a llamar tan seguido para reportar disturbios, ni intentos de robo...

Este fragmento de entrevista se grabó a fines de marzo de 2016, dos días después de que se encontraran los cuerpos baleados de tres jóvenes en las orillas de un arroyo. Dos de ellos tenían 18 años y uno tenía 22. Víctor, el policía entrevistado, fue el primer contacto con la comisaría de la zona y, en gran medida, fue quien posibilitó que se desarrolle el trabajo de campo.

El barrio en el que encontraron a los jóvenes está ubicado en el noroeste del Conurbano Bonaerense, en “la triple frontera”, como llaman por igual los vecinos y policías a esta zona de aproximadamente 8 manzanas. Este apodo está dado por la particular su ubicación, en una zona de cruce e intersección tanto simbólica, como social y espacial entre tres zonas: un antiguo barrio obrero, un asentamiento informal (la llamada “nueva villa” por los residentes de las otras zonas) y, por último, un nuevo conjunto de manzanas construidas por inmigrantes peruanos en los últimos 15 años.

El hecho de que los entrevistados hagan referencia a este lugar como la “frontera” permite comprender algunos de los sentidos que se condensan en la distribución y organización espacial del barrio. Cada zona está caracterizada por diferentes estilos y materiales de edificación; las calles están mantenidas de diferente forma; los habitantes de cada área manejan diferentes rutas para entrar y salir de sus casas; los horarios y usos del espacio público son diferentes.

La triple frontera es un espacio de cruces, tensiones y disputas constantes. Por un lado, en este espacio se ubican las diferentes rutas de acceso de las diferentes zonas: se cruzan los caminos diarios de varios de los vecinos, el acceso a los comercios y, principalmente, el camino a la escuela. Por otro lado, las únicas 2 líneas de colectivo que atraviesan esa localidad están ubicadas aquí, tornando este espacio un punto inexorable para “*ir al centro*”. Pero además la triple frontera es un espacio de constante choque entre vecinos de los diferentes barrios. Las peleas, los ajustes de cuenta, tiroteos, hurtos y robos se concentran — desde la narrativa de los vecinos del barrio y los policías que trabajan aquí— en este espacio fronterizo.

Los vecinos del barrio, así como los policías que trabajan y conocen la zona, adjudican la concentración de episodios de violencia al cruce entre las diferentes poblaciones. En este contexto, la noticia de estas muertes no circuló como un relato sorpresivo o inesperado, sino como uno más de los episodios de violencia aquí.

5.DEFINICIONES

Las siguientes tres subsecciones se organizan a partir de tres preguntas que surgieron en las entrevistas a policías. ¿Quiénes eran los jóvenes asesinados? ¿Qué pasó para que los hayan asesinado? ¿Cómo se vinculan estos episodios de violencia con las propias vidas de los policías?

5.1.LOS QUILOMBEROS

- *¿Y quiénes son los pibes que encontraron...?*
- *Ehm, yo no estuve en la investigación. La verdad que no me metí mucho, ¿viste? Pero uno aprende cómo funcionan las cosas. Se repiten mucho las situaciones, los pibes siempre se mandan las mismas y bueno. Uno ya se las sabe, ¿no? Además estos pibes venían haciendo bardo, ya habían pasado varias veces por la comisaría, me dijeron. Iba a pasar tarde o temprano, no había forma de salvarlos.*

En este fragmento de entrevista, Víctor nos da un primer acercamiento a una explicación extendida entre los policías sobre lo que pasó. Él es miembro de la policía hace 19 años, trabaja hace 7 años en este barrio y considera que conoce los “*problemas que tiene el lugar*”. No obstante, evita la zona, prefiere hacer rondas por otras partes de la localidad y, cuando tiene la oportunidad, evita pasar por la triple frontera. La posición que él resalta es a la vez cercana y lejana: por un lado, conoce y trabaja en el barrio; por el otro, al identificar las lógicas que existen ahí y decide evitar el barrio como forma de “*no arriesgarse*”.

- *¿No te toca patrullar por esa zona del barrio, cerca de la escuela...?*
- *No, bah, no siempre. Es la zona del quilombo; los pendejos son todos quilomberos, ¿me entendés? Para el lado del centro hay disturbios, hay peleas, pero cada tanto; se controlan más. Acá no, acá no pasa un fin de semana sin que se llame a una ambulancia. ¡Son todos bardenos! Y así terminan. Al principio, cuando empecé a laburar en esta comisaría, iba: me lo tomaba diferente, ¿no? Y mirá que ya estaba hace tiempo en la policía... Llamaban por alguna pelea entre vecinos o por alguna bandita que estaba armando bardo, e iba. Ahora ya no. No tiene sentido: porque los pibes vuelven al rato; los vecinos no se quedan tranquilos; nosotros perdemos tiempo que podemos usar con... con otras situaciones, ¿viste?*

Los *quilomberos*, los *fisura* y los *sin códigos*, entre otras expresiones, aparecen en el discurso de los entrevistados en torno a este episodio, aunque no solo en los policías, sino también en otros actores que forman parte de la red social que estructura las interacciones en barrio. Estos términos no solo dan a entender que estos jóvenes son vistos como problemáticos por otros actores locales (como podrían ser muchos otros jóvenes en el barrio), sino que designan

un tipo en particular de “quilombo”. No solo hay tensiones y disputas que rodean sus trayectorias, sino que el conflicto es, por excelencia, la dimensión privilegiada para describir a estos jóvenes y sus prácticas. La “*ruptura de los propios códigos del barrio*” es lo que caracteriza la mirada sobre los quilomberos.

Para mí no es lo mismo un pibe que tal vez alguna vez chorea algo; o, no sé, los que se agarran a trompadas cuando salen de bailar. No es lo mismo esto que meterse con la propia gente, con el propio barrio. Porque no tiene sentido, no hay códigos. Ya hay un problema, un problema mental. Cuando empiezan a bardearla con el vecino de al lado, cuando afanan en la propia casa, es diferente. Son imposibles de controlar por la familia, si es que tienen. No respetan nada ni a nadie. Y no hay forma de como resocializarlos, viste. Además nadie se los banca a los fisura que arman quilombo en el barrio.

En estos fragmentos de entrevista se pueden destacar dos aspectos presentes en gran parte de las explicaciones y definiciones de los policías. Por un lado, una fuerte noción de que estos chicos asesinados (así como los *quilomberos* en general) son parte de un otro lejano del que hay que distanciarse. Por otro lado, la idea de que hay una dimensión de irracionalidad en las acciones de los barderos.

En primer lugar, la distancia que se pone entre ellos y nosotros no solamente responde a una otredad genérica o a una diferenciación “funcional” por los roles que se despliegan en las interacciones cotidianas (jóvenes, delincuentes, vecinos, etc.). Siguiendo a Galvani (2016), esta otredad se asocia con un aspecto estructurante de subjetivación policial: es una otredad radical frente a la que los policías actúan. Ya sea en forma real o simbólica, es una otredad performativa que da constitución al yo policial. Los jóvenes encontrados son parte de un otro del que tienen que defender a la sociedad (una otredad deseable). No obstante, esta alteridad radical que se construye en la narrativa policial es heterogénea. No todos los jóvenes del barrio se amoldan a este perfil de *barderos*. En el discurso policial, estos otros particulares se caracterizan, en términos de Víctor, por no tener posibilidad de ser resocializados.

En segundo lugar, la idea de que existe una irracionalidad (como factor explicativo) en estos jóvenes tampoco es un elemento novedoso en los estudios sobre violencias. Rifiotis y Castelnuovo (2011) plantean que el discurso moderno sobre violencias ha tendido a vincular la violencia con la negación de la sociabilidad (lo llamado por muchos entrevistados como *la falta de códigos*). A partir esta primera concepción sobre las violencias (que, en realidad,

incluye un repertorio más amplio de prácticas y acciones) las vidas de estos jóvenes son comprendidas a partir de las ideas de asociabilidad e irracionalidad. Esta concepción sobre los jóvenes suele plasmarse en la idea de que sus prácticas *no tienen sentido*.

Ambos aspectos en el discurso de los policías se conjugan en la argumentación explicativa que le dan a este episodio. La irracionalidad de esos otros —quienes no consideran el largo plazo de sus acciones, ni respetan los códigos básicos dentro del barrio— constituye la base sobre la que los policías entienden la inevitabilidad de las muertes,

Estoy de acuerdo con que hay que investigar qué pasó, qué le pasó a estos tres chicos; la familia va a querer saber quiénes fueron... y demás. Aunque dudo que se averigüe... Pero siempre terminan así. Si no salen y se rescatan, si no cambian el quilombo y se integran viste a la sociedad, terminan así. Cosechan lo que siembran y no es por ser un facho, pero la verdad, a veces no hay forma de ayudarlos ni de rectificarlos. Se calman las cosas en el barrio así.

Las definiciones de los policías sobre estos jóvenes permiten comprender qué lógicas funcionan en las intervenciones de la policía. No todos los jóvenes, y no todos los jóvenes delincuentes, son vistos de la misma forma. Mientras que algunos tienen la posibilidad de cambio (quienes son “salvables”), otros no. Son estos últimos los que, a juicios de los entrevistados, no ameritan la intervención.

No me quiero atajar, porque entiendo que suena duro. Pero la verdad es que muchos de los chicos que viven acá, o al menos que pasan un tiempo acá, no quieren nada: no quieren que los ayude la familia, nosotros, la escuela, nadie. Entonces no hay forma de que salga nada bueno de la situación. Y así termina como termina. Hay otros que se rescatan, que no andan rancheando todo el día con la bandita de delincuentes. Pero algunos sí, y... Bueno, así tenés a los chicos del arroyo [los jóvenes asesinados]. Viste que se dice que cuando los perros se pelean, no hay que meterse, acá pasa lo mismo.

En esta explicación que propone José se vincula dos dimensiones: por un lado, el carácter de salvable/no salvable que se le atribuye a los jóvenes y, por el otro lado, la relevancia de la intervención. Asimismo, no solo los sentidos que se les otorgan a los otros juegan un rol en la decisión y legitimación de intervención, sino que también se ponen en juego las propias

características de los policías. Siguiendo a Garriga Zucal, “el policía no actúa igual ante un borracho que ante un violador; asimismo, es diferente la forma de actuar dependiendo del agente. Género, antigüedad en la fuerza, rango, estima social, son variables que delimitan los usos legítimos de la fuerza” (2010, p. 76). A partir de las entrevistas realizadas, la antigüedad en las fuerzas y la edad se tornan las variables relevantes para comprender cuando se decide intervenir y cuándo no: en términos propios de los policías, estos aspectos son importantes para decidir “cuándo arriesgarse y poner el cuerpo”.

5.2.LOS CICLOS BARRIALES DE VIOLENCIA

Al preguntarle a algunos entrevistados policías sobre lo rutinario o normal del episodio, emergió un aspecto que no se había contemplado tan claramente en otras conversaciones y entrevistas: una concepción cíclica de las formas de violencia en el barrio.

- Los pibes son violentos, pero el tema también va por otro lado. Nosotros metimos preso a varios, a varias cabecillas, viste. Acá por los menos es así, hay uno que se hace la fama, se hace la fama de fiera, de que te baja al toque, de que se las puede todas y así se mantiene la cosa. Le tienen miedo los otros, lo respetan y así se vive en el barrio un tiempo. Tiene su bandita y así. Y lo metemos preso. Y surge otro. Siempre va a aparecer otro. Al menos es lo que vemos acá.

- ¿Y qué pasa después...?

- Se mantiene tranquilo, y aparece otro, u otra bandita. Por ahí los que estaban peleando con el cabecilla anterior. Se arman un nuevo grupito, se vuelve a generar la fama de que esta bandita es la que gobierna la zona; el nuevo cabecilla se mantiene ahí. Y todo sigue así...

La noción de que los conflictos dentro del barrio —y, en particular, las lógicas de disputa entre bandas— no solo son recurrentes, sino que mantienen una misma secuencia, fue un aspecto recurrente en las entrevistas y en charlas informales. Al preguntarle a otro entrevistado sobre esta idea de que hay una regularidad en los ciclos de muertes en el barrio, señaló que:

Y, cada tanto pasa. Algún pibe la bardea mal, se genera fama de piola y... lo terminan bajando. Después se calma un poco todo por un tiempo, unos meses como

mucho, pero después vuelve todo a lo normal. Los tres chicos que encontraron estaban armando mucho quilombo, se estaban zarpando, no tenían códigos con nadie y, bueno, se la venían venir supongo. (...). Lo mismo con el chico que encontraron al lado de la construcción de la escuela, viste. Todavía están investigando qué pasó, pero seguramente andaba armando quilombo y se metió con algún pibe encañonado.

Con relación a esta creencia en lo cíclico, recurrente y “normal” de la muerte de jóvenes (en el sentido de esperable y previsible) se pueden interpretar dos procesos simultáneos. Por un lado, esta creencia implica un grado de racionalización sobre las muertes de los jóvenes, e inclusive una normalización de las muertes violentas (Bermúdez, 2016; Epele, 2010). Que las muertes sean esperadas y esperables muestra una lógica de interacción a nivel barrial (que excede a las fuerzas de seguridad) que le otorga sentido a la recurrencia del fenómeno. Por otro lado, las muertes de jóvenes están signadas por una lectura indexical sobre los condicionantes y circunstancias de la muerte. Los contextos de las muertes, los rasgos con los que se describe a los jóvenes, las trayectorias (y las representaciones de las trayectorias) de los jóvenes son elementos claves para comprender qué significado se le otorga a la muerte. En el caso de la muerte de los tres jóvenes de la triple frontera, los policías imputan los sentidos que terminan de “cerrar” una interpretación estandarizada de sus muertes. Tal como señala Bermúdez (2016) en relación con las contiendas morales que las madres atraviesan por otorgarle sentidos a las muertes de los hijos, aquí las muertes de jóvenes también atraviesan procesos de asignación de sentido.

Si bien en un primer momento, el concepto de “cadena de violencias” que emplean Auyero y Berti (2013) pareció adecuado para explicar cómo los policías percibían la dinámica de muertes en el barrio, una indagación más profunda mostró que este término no hacía referencia a los mismos aspectos. Por un lado, no es una interdependencia entre formas de violencia —tal como los autores proponen— lo que describen los policías, sino una lógica interna dentro de los sectores marginalizados: desde las definiciones de la policía no se incluyen otros condicionantes más que la falta de códigos. Por otro lado, la indagación por medio de entrevistas permite describir cómo los policías perciben y valoran las muertes violentas en el barrio, y no permite una descripción profunda de las dinámicas del barrio en sí.

La referencia a que la dinámica cíclica (presencia de una pandilla con cabecilla, muerte del cabecilla, emergencia de uno nuevo) no es puramente descriptiva de las dinámicas concretas

en el barrio. Esta creencia tiene un efecto en cómo las fuerzas de seguridad desempeñan su trabajo, qué valor le dan a estas muertes en particular, cómo diferenciar las dinámicas de la violencia de este barrio con otros. Asimismo, esta creencia no solo se ancla en una descripción del presente (o una interpretación del pasado reciente), sino una potencial predicción: en la creencia de que “*esto es así y va a seguir siendo así*” hay una demarcación de lo que se cree factible y del horizonte de posibilidades en el barrio.

5.3.EL OLVIDO PARCIAL

Me acuerdo que de pibe, en el 93 creo, mi hermano andaba haciendo cagadas. Estaba con una bandita, no teníamos un mango y cada tanto agarraban el fierro de mi viejo y salían a buscarse unos mangos. Llamaban remises y les afanaban lo del día, nada del otro mundo. Pero era diferente de lo que hacen los pibes acá. Acá se matan por nada. Bajan a alguien para robarle la mochila y ni siquiera saben si tiene guita. Es otra cosa. Ya sé que es la frase de siempre, pero posta que los chorros de antes tenían códigos. Hasta yo... No me enorgullece, pero es la verdad. Y mis compañeros lo saben. Yo afané un par de veces de pendejito. Pero no se compara con esto.

Luis comentaba algunos aspectos de su vida que vinculaba con las formas de violencia y delincuencia que ve en el barrio. Tal como señala Galvani (2016), en consonancia con otros estudios sobre fuerzas de seguridad (Palma, 2015), no existen grandes distancias sociales en el sector de origen de policías y de delincuentes. Este paralelismo plantea un interrogante clave: ¿qué procesos se llevan a cabo para que, proviniendo de orígenes sociales similares, los policías se distancien moralmente de los jóvenes *quilombros*?

Siguiendo a Galvani:

Los propios sujetos que consideraban su ingreso a la policía como una salida laboral entre otras, luego de pasar por la escuela policial y de ejercer su profesión se apropian de la idea de que este es un trabajo que se hace sólo si se tiene *vocación*. No importan, entonces, los motivos del ingreso, sino la narrativa institucional que ir construyendo en los sujetos una mirada no solo sobre su presente, sino sobre su pasado. Una vez más, la construcción de la memoria y las trayectorias se harán en clave de vocación (Galvani, 2016, p. 62-63).

Al analizar las trayectorias de los policías entrevistados, se puede retomar y extender esta hipótesis. Las narrativas institucionales no solo moldean los recuerdos y motivaciones de los policías sobre su ingreso (es decir, qué hizo que decidan entrar en las fuerzas de seguridad), sino que también reconstruyen las distancias que existían previamente con pares de sectores sociales marginalizados. El siguiente testimonio de Jorge ilustra este proceso:

Cuando yo ingresé [a la Policía] entendía un poco más los códigos de la calle. Digo, ahora no hay nada que entender: no hay códigos, cada pibe hace lo que quiere, es un caos. Hace 15 años ponele, no ibas a encontrar algo así. Tres pendejitos bajados sin que nadie sepa nada. Ibas, preguntabas y te enterabas de todo lo que pasaba (...). Mirá, yo entré, porque necesitaba la plata. Entendía que acá iba a poder trabajar y hacer algo bien, mantener a la familia y no meterme en ningún lío, viste. Lo tenía a mi primo... que andaba en algo turbio. Siempre me decía que me prenda, que era buena guita. Y un día apareció muerto el mejor amigo. Ahí me di cuenta de que no podía meterme en la misma que él, que ellos.

El relato de Jorge no solo muestra que el presente es comparado con la idea de un mejor pasado, que en este caso está caracterizado por una menor contingencia y, paralelamente, un mayor grado de certeza sobre lo que pasa en el barrio. El fragmento también permite ver que en el ingreso a la policía hay, además de un interés monetario, un esfuerzo por distanciarse de sus pares.

La creencia de que el pasado es mejor no es un aspecto particular dentro de esta temática, sino que se extiende en los hallazgos de diferentes estudios de las ciencias sociales. Un punto de comparación interesante se encuentra en el estudio sobre jóvenes delincuentes contra la propiedad realizado por Kessler (2010). En la comparación entre delincuentes profesionales (con una trayectoria más extensa) y jóvenes delincuentes (con menor experiencia delictiva), Kessler señala que los profesionales indican que la policía de la “época dorada” era menos violenta y que las nuevas camadas son más irracionales en el uso de la fuerza.

6.A MODO DE REFLEXIÓN FINAL

La creencia y acusación de que los jóvenes muertos en situaciones violentas “siembran lo que cosechan” no es una idea poco recurrente. Tal como señala Bermúdez (2016) estas

acusaciones morales encuentran antecedentes en la historia reciente argentina, y condensan procesos de disputa moral, la labor de organizaciones y movimientos sociales, y las políticas institucionales formales e informales que intervienen en estos casos, entre otros aspectos.

La reflexión en torno a este caso permite una breve indagación en los fundamentos de esta creencia. Así, se pueden destacar ciertos aspectos y proponer algunas hipótesis.

Por un lado, las respuestas que fueron desencadenadas por el episodio dan cuenta de un fenómeno particular entre la policía y los “pibes quilomberos del barrio”. Mientras que el caso vuelve a mostrar los procesos de normalización de las muertes de jóvenes en barrios marginalizados, se distancia de los estudios que enfatizan el asedio de los policías en barrios del Conurbano Bonaerense. No se niega que existan este fenómeno, sino que se muestra el fundamento discursivo de una estrategia policial: la no intervención y el “dejar morir”. La legitimidad y fundamento de esta práctica se asienta sobre las ideas de que, por un lado, existen algunos jóvenes que no pueden establecer vínculos no-violentos y que, por el otro, se repiten ciclos dialécticos entre las muertes violentas y la constitución de bandas. Esta aparente estrategia —de la que solo se indagó la dimensión discursiva y no la dimensión práctica— puede ser comprendida en relación con las formas de gobierno y control de la población que, además de moldear las formas de vivir en sociedad, también condicionan los procesos de mortalidad (Galvani, 2016).

Por otro lado, la indagación en algunos aspectos de las biografías de los policías permite ver cómo la cercanía social entre los policías y los jóvenes delincuentes (o, al menos, de los jóvenes que los policías identifican como delincuentes) sienta las bases para una diferenciación y distanciamiento. El proceso de ascenso social que es vivido por los policías conlleva un paralelo proceso de antagonización moral con los jóvenes: son ellos el otro del que deben proteger a la sociedad.

Con relación a este último punto, se podría señalar que las definiciones y significados que los policías expresan parecen estar más definidas por las cercanías y pequeñas distancias con los sectores marginalizados (y por las trayectorias biográficas), que por asimetrías sociales. La socialización institucional de la policía tiene un peso clave para poder comprender la génesis de estos significados.

A modo de cierre, se destacan algunos de los interrogantes que quedan pendientes. Uno se relaciona con la posibilidad de indagar sobre la dimensión práctica de las intervenciones: ¿en qué medida se emplea la estrategia de no-intervención? ¿Son pensadas y discutidas colectivamente estas estrategias por la policía? ¿Existen disensos y disputas por la intervención en los conflictos barriales?

Otra serie de interrogantes no abordados aquí se vincula con una caracterización más profunda de los jóvenes del barrio. Si bien las explicaciones y definiciones que desarrollaron los policías a raíz del caso analizado permiten ver ciertas taxonomías (salvable o no salvable, quilombero o con códigos, etc.), resta profundizar el análisis en las clasificaciones que existen sobre la población. ¿Existen categorías nativas más legitimadas y rígidas? ¿Qué concepciones circulan sobre los jóvenes “con códigos”?

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arellano, D. (2009). El señor de los mangos. O las antípodas morales del etnógrafo. *Avá: Revista de Antropología*, 15, 243-257.
- Auyero, J. y Berti, M.F. (2013). *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Bermúdez, N. (2016). “Algo habrán hecho...”. Un análisis sobre las contiendas morales en el acceso a la condición de activista familiar en casos de muertes violentas (Córdoba, Argentina). *Antipoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 25, 59-73.
- Brettell, C. (1993). *When they read what we write: the politics of ethnography*. Westport: Bergin and Garvey.
- De Daan, W. y Loader, I. (2002). On the emotions of crime, punishment and social control. *Theoretical criminology*, 6(3), 243-253.
- Epele, M. (2010). *Sujetar por la herida. Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud*. Buenos Aires: Paidós.
- Fassin, D. (2016). *La fuerza del orden. Una etnografía del accionar policial en las periferias urbanas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Galvani, M. (2016). *Cómo se construye un policía*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Garriga Zucal, J. (2010). “Se lo merecen”. Definiciones morales del uso de la fuerza física entre los miembros de la policía bonaerense. *Cuadernos de Antropología Social*, 32, 75-94.
- Gayol, S. y Kessler, G. (2014). *Muerte, política y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Edhasa.
- Karandinos, G.; Hart, L.K.; Castrillo, F.M. y Bourgois, P. (2014). The moral economy of violence in the US inner city. *Current Anthropology*, 55(1), 1-22.
- Katz, J. (2002). Start here. Social ontology and research strategy. *Theoretical Criminology*, 6(3), 255-279.

- Kessler, G. (2010). *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Merklen, D. (2010). ¿Buenas razones para quemar libros? Un estudio exploratorio sobre la quema de bibliotecas barriales en Francia. *Apuntes de Investigación*, 16/17, 57-76.
- Palma, D. (Ed). (2015). *Delincuentes, policías y justicia. América Latina, siglos XIX-XX*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Ragin, G. y Becker, H. (Eds). (2009). *What is a case? Exploring the foundations of social inquiry*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Ramos, S. y Paiva, A. (2007). *Mídia e violência. Novas tendências na cobertura de criminalidade e segurança*. Río de Janeiro: IUPERJ.
- Riches, D. (1986). The phenomenon of violence. En: Riches, D. (Editor). *Anthropology of violence* (pp. 1-27). Oxford: Basil Blackwell.
- Rifiotis, T. y Castelnuovo, N. (2011). “La violencia como punto de partida”. En *Antropología, violencia y justicia. Repensando matrices de sociabilidad contemporánea en el campo del género y de la familia*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Souza Minayo, C. (Coord) (1990). *Bibliografia Comentada da Produção Científica Brasileira sobre Violência e Saúde*. Río de Janeiro: ENSP.
- Torrado, S. (1995). Vivir apurado para morirse joven. Reflexiones sobre la transferencia intergeneracional de la pobreza. *Revista Sociedad*, 7, 31-56.
- Zavaleta, A.; Kessler, G.; Alvarado, A. y Zaverucha, J. (2016). Una aproximación a las relaciones entre policías y jóvenes en América Latina. *Política y Gobierno*, 23(1), 201-229.